

Carta de Praga

CARTA 1991

La CARTA DE PRAGA¹ ha sido escrita por el hermano Roger y traducida en 30 lenguas para que cada uno descubra cómo concretarla en su vida personal. Será meditada durante las 41 semanas de encuentros intercontinentales de jóvenes en Taizé que tendrán lugar del 3 de febrero al 17 de noviembre de 1991. Estos encuentros reunirán semana tras semana a jóvenes de un número de nacionalidades que oscilará entre 30 y 70. Los que lo deseen son acogidos también entre mediados de noviembre y finales de enero.

Este texto ha sido publicado con motivo del encuentro europeo que del 28 de diciembre de 1990 al 2 de enero de 1991 reúne en PRAGA a 80.000 jóvenes de toda Europa y otros continentes.

Tu mirada se asombra al descubrir incluso en tierras lejanas, tantos jóvenes entregados al desánimo. Sus vidas parecen bloqueadas por la pérdida de la hermosa esperanza humana.

Sin embargo tu mirada vislumbra también esa multitud de jóvenes atentos a descubrir el sentido de sus vidas; jóvenes que se atreven a decirse a sí mismos: «¡Animo! ¡Inténtalo de nuevo! ¡Abandona el desánimo! ¡Que tu alma viva!»

¿Dónde encontrar ese impulso? — Ese impulso toma su fuerza cuando en la fe, en un sobresalto de confianza, se vive con intensidad el momento presente, el hoy de Dios.

Ese impulso no se adquiere de una vez para siempre. En toda edad, de la infancia a la vejez, la audacia está en retomar mil veces el camino, para atravesar las horas de duda en las que la fe parece desdibujarse. Hace 2600 años, un creyente de los primeros tiempos lo había comprendido ya así: «Los designios de Dios para vosotros son designios de paz y no de desgracia. El quiere ofreceros un porvenir y una esperanza.»²

Vivir intensamente el momento presente supone dejarse ganar por Cristo. Su palabra es nítida: «Hoy quisiera alojarme en tu casa.»³ Hoy. No mañana.

¿Quién es ese Cristo origen de un tal aliento?

No sabiendo Dios cómo hacerse comprender por los hombres, vino él mismo a la tierra como un pobre, un humilde. Vino por medio de Cristo Jesús. Dios nos sería lejano si Cristo no fuera su transparencia.⁴

Desde el principio Cristo estaba en Dios. Desde el nacimiento de la humanidad él fue Palabra viva.⁵ Vino a la tierra para hacer accesible la confianza de la fe.⁶ Resucitado, hace de nosotros su morada, nos habita... y descubrimos que el amor de Cristo se manifiesta ante todo por su perdón y su continua presencia.

¿Quién es ese Cristo, Amor de todo amor, de quien Juan, el apóstol, escribe: «Está entre vosotros «Ese» al que no conocéis?»⁷

Él es aquél que, resucitado, se alegra con nosotros, hoy, mañana, siempre.⁸ En él las fuentes de la alegría no se agotan nunca.

Él es aquél que carga con nosotros las grandes penas de la existencia, las rupturas de la comunión...⁹ En su vida en la tierra, Jesús, plenamente humano, deja que las pruebas de los otros le alcancen en lo más profundo de sí mismo. Lloró la muerte de su amigo.¹⁰

Más accesible para unos, más escondido para otros, es como si le oyéramos decir: «¿No sabes que estoy muy cerca de ti y que por el Espíritu Santo vivo en ti? No te abandonaré nunca. ¡Nunca!»

Por poco que percibamos del Espíritu Santo, él es vida para nosotros. Por poco que entendamos el Evangelio, él es luz entre nosotros. Por poco que comprendamos la Eucaristía, ella es presencia viva en nosotros.¹¹

...Y mientras permanecías lejos de Cristo Jesús, él te esperaba ya con estas palabras de Evangelio: «En ti he puesto mi alegría.»¹²

Su sorprendente presencia es luz interior. Aunque parezca un pálido fulgor, resplandece en tu interior, incluso cuando te invade la impresión de no ser ya capaz de orar. ¿Llegarás a preguntar a Cristo: «¿Qué esperas de mí?»¹³»

La oración es a veces muy concreta. El lenguaje humano apenas consigue expresar lo profundo de nuestro ser, pero en una oración de silencio interior nuestro cuerpo, nuestra alma y nuestro espíritu encuentran reposo en Cristo... Y brotan las fuentes: el amor de su perdón, una bondad irremplazable y esa armonía interior que el Espíritu Santo crea en nosotros.

La humilde oración viene a curar la herida secreta del alma y aparece un aliento que no cesará nunca...

Nuestra oración no requiere de esfuerzos sobrehumanos. Como un leve suspiro, como la oración de un niño, nos mantiene alerta. ¿No ha revelado Dios a los pequeños, a los pobres de Cristo, lo que los poderosos de este mundo no son capaces de comprender?¹⁴

¿Quién dirá bastante todo lo que un niño puede transmitir por su sencillez, por su confianza, por una palabra o una pregunta tan inesperadas que despiertan a la comunión en Dios?

A toda edad, en un ser plenamente responsable, construido por las luchas interiores, un espíritu de infancia, «espíritu de las bienaventuranzas»,¹⁵ insufla una fresca brisa de alegría y asombro.

Una mirada contemplativa nos arranca del entumecimiento de las rutinas y percibe tesoros de evangelio en los acontecimientos más sencillos. Descubre en el universo la radiante belleza de la creación.

A imagen de Dios,¹⁶ los hombres son también creadores. La mirada contemplativa sabe admirar lo que el ser humano crea con sus propias manos, desde su infancia hasta la muerte. Hay artistas cuyas manos creadoras son capaces de hacernos vislumbrar rostros de Evangelio, hasta el punto de que por una simple mirada se intuye el misterio de Dios.

En la belleza de una oración común se desvela algo de lo inefable de la fe y de la indecible puerta a la adoración. La mirada mística descubre un reflejo de la alegría del cielo en la tierra e intuye cómo franquear las rupturas de la comunión para ponerse en camino hacia las reconciliaciones.¹⁷

Jesús, el Cristo, quisiéramos no elegir nunca la oscuridad. Tu luz es evangelio. Tu presencia es compasión.

«Jesús, Luz de mi corazón, no permitas que mis tinieblas me hablen.»¹⁸

Cuando tus propias tinieblas te interpelan, su luz permanece siempre. Ella penetra hasta lo más opaco en ti.¹⁹

Pueden existir pruebas en la existencia cuyo porqué desconoces. Ellas podrían minarte; el desánimo se convierte entonces en uno de tus peores enemigos. Pero un camino se eleva ante ti: crecer en Dios hacia un amor más grande. Amar cuando los que te son más cercanos, íntimos, se alejan de ti y se sitúan como en «otra parte».

¡Detente!, abre el Evangelio y descubrirás la apacible certeza: «Inquietándose nadie puede añadir ni un solo día a su existencia... Mi paz te doy... Que tu corazón deje de angustiarse y de temer.»²⁰

Los miedos y ansiedades obedecen a nuestra condición humana, inmersa en sociedades heridas, continuamente vapuleadas. Es en su seno dónde todo ser humano, todo creyente, camina, crea, sufre y puede llegar a conocer pulsiones internas de rebeldía, y a veces de odio y dominación de conciencias.

La paz de corazón es una realidad interior generadora de vida en toda situación, mientras que la ansiedad y el miedo pueden llegar incluso a mermar la confianza de la fe.

La paz de corazón no supone jamás olvido de los otros. No descuida la llamada a las solidaridades humanas que proviene directamente del Evangelio.²¹

¿Quién abrirá los ojos en los dos hemisferios a la angustia de los inocentes²²: esos niños marcados por traumas afectivos, por abandonos humanos, esa multitud de personas ancianas que conocen el insostenible aislamiento?²³ ¿Quién aliviará el sufrimiento allí dónde haya una morada miserable?

Hacer de la tierra un lugar acogedor y más habitable supone en particular utilizar las enormes posibilidades de la ciencia y la técnica. Ellas consiguen aliviar los sufrimientos, suprimir el hambre y permitir que viva sobre la tierra esa familia humana que crece en proporciones no conocidas antes.²⁴

Sin embargo, por indispensables que sean, los grandes medios por sí solos no son suficientes. Si una buena mañana nos despertáramos en sociedades funcionales, tecnológicamente muy avanzadas, pero en las que se hubieran apagado la confianza de la fe, la inteligencia del corazón, la sed de reconciliación, ¿cuál sería el futuro de la familia humana?

En todos los continentes son muchos los jóvenes, las mujeres, los hombres e incluso los niños que disponen de todo lo necesario para curar situaciones heridas.²⁵ Los pobres de la tierra, carentes de medios, han abierto caminos con mucha frecuencia.

Los hay que se han levantado, y con solo sus manos han derribado murallas de miedos y humillaciones. Saben que no hay un pueblo más culpable que otro, y ahora intentan arrancarse a la desconfianza de su pasado, próximo o lejano. Es esencial no humillar nunca a los hombres de una nación de la que algunos dirigentes hubieran cometido en la historia actos de terror.

Son multitudes los que han dado lo mejor de sí para ser fermento de confianza entre las personas, entre los pueblos. Se han levantado entre los hombres como signos de lo inesperado. Se han construido interiormente en las horas de la prueba incomprensible. Han perseverado contra toda esperanza. Una multitud de ellos, por sus vidas, se han aproximado a la santidad de Cristo.

¿Llegarás tú también a un tal don de ti mismo? ¿Escucharás la llamada que Cristo Jesús dirige a cada ser humano: «¡Ven, sígueme!»?

No ignoras que grandes regiones del mundo son hoy tierras desérticas para la fe. ¿Eres tú de los que abren los caminos de la Comunión, caminos de pacificación y de reconciliaciones? Ten confianza. Cada uno ha recibido los dones para ello... y los dones del Espíritu Santo no se agotan nunca.²⁶ ¿Existe luz más diáfana que la de una vida ofrecida por la reconciliación?

¿Quien querría ultrajar la llamada de Cristo Jesús: «Sin dejarlo para más tarde, ve a reconciliarte»?²⁷

Para el Evangelio la reconciliación no es nunca diletante sino inmediata. No puede perder el tiempo intentando juzgar por la intención. La reconciliación cuida el no dramatizar nunca las situaciones. No se entrega a descubrir quién tuvo razón y quién se equivocó, nada paralizaría tanto las capacidades creadoras.²⁸

¿Construirás caminos de confianza y reconciliación en la familia humana, y con más razón aún en esa comunión única que es el Cuerpo de Cristo, su Iglesia? Cristo no ha venido a crear una religión más, sino a ofrecer una plenitud de comunión en él, el Resucitado. En el corazón de Cristo, esta comunión es vasta como grande es el universo²⁹. Ella inspira en nosotros un asombro: el amor de su presencia, el amor de su perdón.

*Tú, Cristo Jesús, Luz interior, no has venido a juzgar al mundo sino para que, por ti, toda criatura humana sea salvada, perdonada.*³⁰

Aunque tuviéramos el don de hablar en nombre de Dios, aún si tuviéramos una fe que transportara montañas, si nos falta el amor, de nada nos sirve.³¹

...Y cuando el amor que reconcilia se vuelve llama en tu interior, incluso el corazón que vive la prueba³², puede recomenzar a vivir. Convirtiéndote en creador de reconciliación y confianza, ¿eres consciente de que puedes abrir incalculables perspectivas para el futuro de la comunidad humana?

1 Desde 1962 la comunidad de Taizé se ha hecho presente en Europa del Este mediante un gran número de visitas realizadas en la más absoluta discreción. ¿Cómo hubiera sido posible vivir tranquilamente al Oeste sin ir a visitar con frecuencia a los que casi no podían moverse? Ahora los jóvenes de Europa del Este pueden participar en gran número en los encuentros de Taizé. El encuentro de Praga es el tercer encuentro europeo que tiene lugar en el Este de Europa, tras los de Hungría (Pécs, del 28 de abril al 1 de mayo de 1989) y Polonia (Wroclaw, del 28 de diciembre de 1989 al 2 de enero de 1990).

La Carta de Praga será retomada en el transcurso del encuentro de jóvenes que tendrá lugar en Filipinas del 22 al 25 de febrero de 1991. Antes y durante ese encuentro, el hno. Roger vivirá con algunos de sus hermanos en un suburbio de Manila, para compartir las condiciones de vida de los más pobres.

2 Profeta Jeremías (29, 11, ver también 31, 17)

3 Jesús dirige estas palabras a Zaqueo (Lucas 19, 5). En el Evangelio Jesús añade: «No os preocupéis por el mañana. El mañana cuidará de sí. A cada día baste su afán» (Mateo 6, 34)

4 Juan 1, 18

5 Juan 1, 1-4

6 Muchos creyentes son como este hombre del Evangelio que interpela a Jesús diciéndole: «Yo creo Señor. Ven en ayuda de mi falta de fe.» (Marcos 9, 24). Para creer no nos apoyamos únicamente en nuestra fe sino en la de toda la Iglesia. Podemos así hacer nuestra esta oración: «Cristo Jesús, en pos de los testigos de todos los tiempos, desde María y los apóstoles, ayúdame a disponerme interiormente a confiar en el Misterio de la Fe». Son muchos los que únicamente pueden entrar en la fe avanzando por etapas. A medida que la sed de Dios aumenta, aumenta también el deseo de conocer al Cristo.

7 Juan 1, 26

8 Si Cristo no hubiera resucitado nos referiríamos únicamente a su vida en la tierra o a algunas de sus palabras. Pero ha resucitado, y está presente hoy, ayer y siempre. Por su misteriosa presencia está unido a todo ser humano sin excepción. Decir que Cristo está unido a todo ser humano no significa evidentemente que todo hombre esté unido a él en una vida de comunión. Cristo espera una respuesta personal.

9 Dios no se impone nunca, nos da la libertad de amar y de no amar, de perdonar y de rechazar el perdón.... mas Dios no asiste pasivamente al sufrimiento de los seres humanos sufre con el inocente, víctima de la incomprensible prueba, sufre con cada ser humano. Hay un dolor de Dios, un sufrimiento de Cristo.

10 Jesús llora al conocer la muerte de Lázaro y ver el dolor de sus hermanas Marta y María. (Juan 11, 32-36)

11 Puede ocurrir que algunos se encuentren por razones diversas en una situación que no les permite recibir la Eucaristía. Desde hace muchos siglos las Iglesias de Oriente primero, y las de Occidente más tarde, han adoptado el admirable gesto de maternidad de la Iglesia que es la distribución del pan bendito. El que sea menos conocido en algunas regiones no le hace perder su valor. Mejor que turbarse sobre la imposibilidad de comulgar, ¿por qué no ofrecer el pan bendito? De esta manera todos los presentes en la celebración eucarística pueden acogerse a ese signo del pan bendito compartido, expresión de la maternidad de la Iglesia, sin que nadie se vea excluido.

12 Desde los primeros tiempos de la Iglesia estas palabras que Cristo escucha durante su propio bautismo (Marcos 1, 11), son dirigidas a todo bautizado. Esta realidad cautivaba de tal manera a San Serafín de Sarov, que él acogía a todos los peregrinos con estas palabras: «¡Mi alegría!, ¡Cristo ha resucitado!»

13 Cristo Jesús dirige estas mismas palabras «¡Ven, sígueme!» a todos y a cada uno. ¿Quién diría a Cristo: «Te seguiré más tarde, por el momento tengo otras cosas de que ocuparme.»? ¿Por qué rechazar una respuesta afirmativa en el inmediato? Jesús dice a Pedro y Andrés: «¡Venid y seguidme!»... y dejando las redes le siguieron (Marcos 1, 17-18).

14 Mateo 11, 25

15 Mateo 5, 1-12

16 Génesis 1, 26-27

17 Es esencial que la oración en las iglesias, lejos de conocer expresiones que rezumen tedio y aburrimiento, deje presentir la adorable presencia del Resucitado. La vida espiritual de una parroquia puede verse continuamente renovada cuando todos participan en el misterio, en modo particular por medio del canto. Cuando se canta en las lenguas de todos los presentes, el corazón se universaliza. Es fundamental que los jóvenes se unan, al menos una vez por semana, a la celebración común con todas las generaciones... con su presencia renuevan la esperanza de los mayores. Los iconos pueden ayudar también a hacer más bella la oración. Son como ventanas que se abrieran a las realidades del Reino de Dios para hacerlas presentes en nuestra oración en la tierra. Son una llamada a nuestra propia transfiguración.

18 San Agustín. Confesiones.

19 ¡Qué vértigo cuando nuestras propias tinieblas nos invitan a entablar un diálogo con ellas! El diálogo entonces no se establece con el Resucitado sino con todo aquello que nos duele de nosotros y de los demás.

20 Lucas 12.25-26; Juan 14.27

21 Cristo dice en el Evangelio: «Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis.» (Mateo 25, 40)

22 «Las alegrías y esperanzas, las angustias y tristezas de los hombres de nuestros tiempos, las de los pobres en particular y las de todos los que sufren, son también las alegrías y esperanzas, angustias y tristezas de los discípulos de Cristo, y no existe nada de auténticamente humano "que no encuentre eco en sus corazones (...). El inmenso esfuerzo con que los hombres de todos los tiempos se empeñan en mejorar sus condiciones de vida corresponden al proyecto de Dios (...). La Iglesia es como el fermento y, por decirlo de alguna manera, el alma de la sociedad humana, una sociedad llamada a renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios.» (Gaudium et Spes)

23 He aquí dos sugerencias a este respecto:

Hay niños que al ver cómo sus familias se enfrentan o se separan, incluso si éstas se encargan de que no les falte nada en el aspecto material, sufren como un desgarramiento en su corazón que les marcará de por vida. Si algunos jóvenes pudieran dedicar cada semana parte de su tiempo a algunos de esos niños... podrían escucharles, compartir con ellos, llevarles a una oración común... Hay tantas personas ancianas que viven en un total aislamiento. Con frecuencia piensan no haber sido nada en la vida, no haber servido para nada... y sin embargo, ¡cuántas de ellas son capaces de escuchar en la gratuidad y de comprender las aspiraciones de los más jóvenes! Se las encuentra con frecuencia en las iglesias. ¿Por qué no ir a su encuentro?

24 Los grandes descubrimientos científicos tienen siempre dos caras, pueden construir y destruir, todo depende del uso que de ellos se haga.

25 Ante las heridas abiertas en toda situación, una de las condiciones para la paz será siempre la mejor distribución de los bienes de la tierra; sin embargo compartir lo material no lo es todo, la solidaridad supone un compartir de culturas. Por lo que se refiere a Europa, urge construir la «familia europea». Todas las naciones del continente tienen necesidad de vivir en complementariedad con las otras; y lejos de replegarse sobre sí, Europa descubrirá cada vez más una parte de su propia identidad en las solidaridades con las naciones de otros continentes. Lo mismo ocurre con el

resto de las regiones del mundo. Ellas también necesitan unas de otras. Cuando cada una de ellas se encierra en sí misma, cuando no vive en complementariedad con el resto de los pueblos de la tierra, pierde algunos de sus equilibrios fundamentales.

26 En todo bautizado el Espíritu Santo ha depositado una parte más o menos grande de don «pastoral». Este nos hace permanecer atentos al otro para preparar en él los caminos del Señor Cristo. Es posible comunicar la vida de Cristo de muchas maneras: rezando por los otros, acogiéndolos, visitándoles...

Las «horas joánicas» pueden sostener la búsqueda de Dios entre varios, y ello en la vida cotidiana. Se trata de reservar un momento de silencio y soledad para leer el texto bíblico propuesto para luego reunirse y compartir brevemente lo que cada uno ha descubierto.

27 Ver Mateo 5, 23-24

28 ¿A qué se debe que un número tan grande de cristianos, sin dejar de referirse a Cristo, permanezcan no obstante separados y lleguen incluso a desgarrar esa comunión única que es la Iglesia? Hoy en día, el interés por la vocación ecuménica no es tan vivo como lo era hace 30 años. Cuando la vocación ecuménica deja para más tarde la reconciliación, entretiene esperanzas ilusorias, inmovilizándose en caminos paralelos entre confesiones. La reconciliación nace del interior, del corazón de cada uno. Desde hace medio siglo son muchos los que han vuelto su atención a la llamada de Cristo a reconciliarse «sin dejarlo para más tarde» (Mateo 5, 23-24). Se trata a menudo de jóvenes, inocentes (al igual que sus mayores por otro lado) de las separaciones engendradas por la historia. Juan XXIII intuyó con gran fuerza el sentido de la reconciliación cuando en enero de 1959 decía: «No haremos un proceso histórico, no buscaremos quién tuvo razón y quién se equivocó, diremos sencillamente: ¡reconciliémonos!»

La vocación ecuménica de los bautizados es en primer lugar la de ser fermentos de una reconciliación vivida día tras día, sin ser dejada para más tarde, allí donde cada uno se encuentra.

29 Ver I Corintios 8, 6 y Efesios 1, 10

30 Juan 3, 17

31 «Aunque tuviera el don de hablar en el nombre de Dios, toda la sabiduría, una fe tan grande que transportara montañas, si me falta el amor, de nada me sirven... La fe, la esperanza y el amor permanecen, y de las tres la más grande es el amor.» (1 Corintios 13, 1 - 2, 13)

32 La vida interior puede crecer incluso en el corazón que vive una prueba. El Espíritu Santo tiene esa fuerza de reunir todas las energías ocultas en el interior, y ello es cierto para todo ser humano; incluso el más débil posee esas energías escondidas. Se retoma entonces el impulso y se elaboran en lo hondo, resoluciones para ser, cada uno donde vive, creador de confianza y de reconciliación... para concretar la reconciliación entre personas, entre cristianos, entre gentes de orígenes diferentes, sin dejarlo para más tarde... para disponerse a ofrecer la propia vida para hacer la tierra más habitable y comunicar en nuestro entorno la hermosa esperanza humana... para preguntar a Cristo Jesús: «¿Qué esperas de mí?», y escuchar la palabra que él dirige a cada uno: «¡Ven, sígueme!»...

© Ateliers et Presses de Taizé
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France
www.taize.fr